

ceres del mundo. Habría querido llevársela, lejos de la multitud, á una soledad tranquila.

Su sueño fué atendido.

Una mañana el señor Tellier le dijo que de allí á ocho días partiría con su mujer y Juana, para ir á pasar la temporada de estío en el campo. Contaba con llevarse á su secretario, para ocuparse con él de su gran obra, que no adelantaba sino á paso de tortuga.

Daniel subió á su habitación lleno de inmensa alegría. Había pasado un invierno terrible, llevando una vida que le mataba, y decíase que por fin iba á respirar, en el amplio horizonte, al lado de su amadísima Juana. Allí, en la dulce paz de la primavera, daría cumplimiento al mandato de la muerta.

Ocho días después hallábase en Normandía, en la finca que el señor Tellier poseía en las márgenes del Sena.

X

La posesión del señor Tellier, el Mesnil-Rouge, como se la llamaba, se extendía en la suave pendiente de un ribazo que bajaba hacia el Sena. La habitación era una de esas grandes é irregulares moradas, á las que cada propietario agrega una parte y que acaban por parecerse á pueblecitos, con sus techumbres de todas formas y de todas alturas. En medio de aquel hacinamiento de paredes, la mirada no reconstruía sino con gran trabajo la casa primitiva, construída con ladrillos y con dos alas en torno. Las ventanas, largas y estrechas, daban á un prado, cuyo césped se extendía hasta el río.

Detrás de la vivienda había un gran parque que ocupaba toda la altura de la cuesta. Los árboles, de verde sombrío, al destacarse en el azul del cielo, formaban una inmensa cortina corrida sobre el vasto horizonte.

Luego, al otro lado del Sena, la llanura se ensanchaba hasta perderse de vista. Distinguíanse aquí y allá las manchas grises de las aldeas, en medio de

los lagos de verdura. Los cultivos formaban grandes cuadrados de colores pálidos, cortados por las negras líneas de los chopos.

Y el Sena descendía empleando lentos rodeos. Sus márgenes estaban plantadas de árboles que medio lo ocultaban y que cortaban las tierras en larga extensión de follajes.

En frente del Mesnil-Rouge el río descendía con mayor rapidez, interceptado por islas que lo dividían en angostos brazos. La vegetación se daba á la ventura en aquellas islas; crecían muy altas las hierbas y los árboles erguían su altanera tranquilidad. En el país, la gente no iba allí sino una vez al año para lanzar de sus nidos á los cuervos. Constituían encantadoras soledades verdes, medio bravías, en donde no se oía más ruido que el de las aguas, el de los gritos de los martín-pescadores y el de las palomas zoritas.

Nada más encantador que los estrechos canales que separaban las islas unas de otras. Los árboles, extendiendo su ramaje, formaban misteriosas avenidas, rodeadas de hojarasca. Allá arriba se distinguían jirones de cielo azul; estábase allí como bajo una bóveda de verdura, alta cual la nave de una iglesia, en medio de una claridad verdosa, de penetrante frescura. Oíase el batir de alas en las orillas, y el agua cantaba, entre los sumergidos troncos, su canción ligera y monótona.

En el fondo de las avenidas, algunos redondos claros permitían ver grandes extensiones de cielo. Y á medida que se avanzaba, los claros se agranda-

ban y los horizontes aparecían en un vapor color de violeta claro.

Veíase entonces el Sena, blanco á la plena luz del sol, con sus márgenes cuajadas de árboles que reflejaban negras sombras en el agua. Los horizontes aparecían tranquilos y vastos, compuestos de sencillas líneas. El paisaje, llano é inmenso, se extendía bajo amplio manto de cielo, en donde se estremecían las nubecillas pálidas.

Habríase dicho que un río de leche había pasado por aquella naturaleza fecunda. La tierra, sin convulsiones, sin peñascos, daba con largueza la vida á los árboles que crecían rectos y robustos, como muchachos vigorosos. Y las hileras de sauces, de suave frescura, bañaban sus largas ramas grises en las cristalinas aguas.

Cuando se elevaba el sol durante los calurosos días de julio, el paisaje entero tomaba un tinte de rubio luminoso. Solamente los álamos formaban rayas sombrías en el blanco cielo.

Comarca dulce y consoladora, horizontes de amplitud serena, en los cuales el corazón alcanzaba el sosiego.

Cuando Juana, al siguiente día de su llegada, abrió la ventana y distinguió la llanura inmensa, sintió que las lágrimas le asomaban á los ojos, y bajó corriendo para vivir en aquel fresco aire que le henchía el pecho de desconocido gozo.

Volvióse niña. La febril existencia que había llevado durante todo un invierno, aquellas abrasadoras veladas, aquella vida llena de agitaciones,

habían pasado por ella como una tempestad, agitando su cuerpo, pero sin penetrarle en el alma. En la tranquila frescura de la primavera, encontró repentinamente sus alegrías, sus quietudes de colegiala. Parecióle que se encontraba todavía en el convento, cuando era pequeñita y cuando corría hasta perder la respiración bajo los árboles de la pradera del colegio. Y aquí la pradera era toda la vasta campiña, el prado y el parque, las islas y las tierras que se perdían en la bruma del horizonte.

A haberse atrevido, habría jugado á correr y á esconderse tras de los troncos de los añosos robles. Era aquello como un despertar de la juventud. Sus dieciocho años, cuya turbulencia sofocaba en los salones, por temor de arrugar sus encajes, cantaban aquí su jubilosa canción. Sentíase vivir y veíase como arrebatada por repentinos arranques que la impulsaban á corretear y á reír como un muchacho. Por lo demás aquella subida de savia no era aún más que física, pues no oía que le latiese el corazón en aquella serenidad de los campos; abandonábase sencillamente á la exuberancia de la ardiente vida que se manifestaba en ella.

La señora de Tellier la veía correr á escape encogiéndose de hombros. Para ella, el Mesnil-Rouge era un lugar de destierro, en donde la moda le retenía durante los meses de verano. Allí se aburría aristocráticamente, pasando los días bostezando y contando las semanas que la separaban del invierno. Cuando la nostalgia de París la tomaba por su cuenta en demasía, esforzabase en interesarse por

los árboles, y se dirigía hasta la orilla del Sena para ver correr el agua.

Volvíase siempre en gran manera descorazonada; nada como un río le parecía más tonto ni más sucio; cuando oía celebrar los placeres campestres, admirábase por modo indecible. Para hacer como hace todo el mundo, extasiábase en su salón, siempre que se trataba de los grandes bosques, de los umbrosos riachuelos; pero en el fondo nutría odio feroz contra las hierbas que manchan los vestidos, y contra el sol que percude la tez.

Sus grandes paseos se circunscribían á dar la vuelta á las praderas. Adelantábase con toda precaución, sin apartar la vista de la avenida, por temor á los accidentes; las hojas secas la asustaban atrozmente, y, un día púsose á dar grandes gritos porque una zarza le hizo un ligero rasguño en el tobillo.

Cuando Juana correteaba como una loca, la miraba con ojos de compasión y de disgusto. Esperaba cosa mejor de aquella muchacha, que tan á la perfección había desempeñado su papel de coqueta durante todo el invierno.

—¡Santo Dios, Juana, qué vulgaridad la tuya! Cualquiera diría que en realidad eso te divierte... ¡Ah! aquí hay un hoyo lleno de agua... Ven corriendo á darme la mano.

Y la joven, queriendo aparecer tan distinguida como su tía, se ponía á dar saltitos como ella, lanzando grititos de espanto. No se asustaba, ni ese era el camino, obedecía sin más ni más á la señora de Tellier, á la que miraba como soberana en materia

de gusto. Poco á poco los pies se le enardecían; apresuraba el paso y se enfrascaba sin miramiento en el barro, lo que la hacía reir hasta descoyuntarse; y se echaba de nuevo á correr.

La sola alegría de la casa la constituía la llegada de algún visitante. En aquellos días la señora de Tellier resplandecía de satisfacción. Corría las cortinas para no ver más los árboles y se figuraba estar en París charlando de las mil necedades mundanas, embriagándose con los lejanos perfumes de las veladas. A veces, cuando se olvidaba de correr las cortinas, y que llegaba, en plena chismorrería, á dirigir una mirada al ilimitado horizonte, acometíanla verdaderos terrores: sentíase empequeñecida ante aquella inmensidad, y su orgullo de mujer padecía y no poco.

Juana, por su parte, no se mostraba insensible á aquellos recuerdos que le llegaban de París. Quedábase entonces en la grande sala del Mesnil-Rouge; hacía preguntas á los visitantes y volvía á encargarse de su papel de hermosa burlona. Por un solo día se olvidaba de la suavidad del aire, de la alegría del cielo y de las aguas. Ya no era el granujilla que corría por las avenidas, sino que tornaba á ser aquella linda y desdeñosa señorita que espantaba tanto á Daniel.

Este, en aquellos días, se encerraba en el cuartito que había elegido en el piso último, en lo alto de una especie de palomar. Trabajaba ahincadamente en la obra del diputado, ó bien se dirigía solo á una isla, en donde, recostado sobre las altas hierbas,

esperaba malhumorado á que los visitantes le hubiesen devuelto á su querida hija.

Aquella alma sencilla y dulce gozaba verdaderas delicias al vivir por tal modo al aire libre, en plena naturaleza. Había encontrado en el Mesnil-Rouge el ambiente que le convenía, y saboreaba por vez primera horas encantadoras. Su existencia hasta entonces había transcurrido en calabozos é ignoraba que había nacido para la vida libre. Realizóse tal sosiego en su sér, que se enseñoreó de su corazón una inmensa esperanza.

Los días de aburrimiento, aquellos en que el Mesnil-Rouge se hallaba vacío de visitantes, Juana le pertenecía.

Poco á poco se había ido insinuando entre ambos cierta familiaridad. En los primeros días, la joven había mirado las islas como con antojos de niña. Su imaginación trabajaba con empeño; habría querido enterarse de lo que pasaba tras de aquellas cortinas de hojas impetrables.

Pero su tío era más que demasiado solemne para arriesgar su gravedad entre las zarzas, y á su tía le horrorizaban aquellos macizos de árboles plantados en el agua que debían de estar cuajados de culebras y de hórridos animales.

Daniel entonces se le presentó como un honrado joven que podía prestarle un favor inmenso. Veíale todas las mañanas apoderarse de la barquilla y desaparecer en la negra sombra de los angostos brazos del río. Un día le suplicó que le permitiese ir con él, obrando así con toda inocencia, para satisfa-

cer su curiosidad, sin pensar siquiera en que Daniel fuese un hombre.

El se turbó, atribuyendo su turbación á la alegría que experimentaba. Y, á partir de aquel día, Juana le acompañó lo más á menudo en sus paseos acuáticos.

La señora de Tellier, para quien Daniel era tan sólo un criado, no veía mal alguno en que su sobrina fuese paseada por él. Admirábase lisa y llanamente del mal gusto de Juana, que regresaba con las faldas sucias. En cuanto al diputado, éste había llegado á concebir gran respeto por su secretario.

Aquello se convirtió en verdadero frenesí. Los jóvenes partían á la caída de la tarde, una hora antes del crepúsculo. En cuanto el barquichuelo se hallaba en uno de los canales, Daniel levantaba los remos, y descendían con suavidad llevados por la corriente. Entonces no hablaban. Juana, medio retrepada, meditaba, escuchando el ligero murmurio que producían las yemas de sus dedos hundidos en el agua. Y así se deslizaban, á la claridad verde y transparente, en medio de un silencio estremecedor.

Luego desembarcaban en una isla, y allí era el reír como niños y el correr como locos. Cuando descubrían un reducido claro, en medio de la arboleda, tomaban aliento y hablaban como antiguos amigos. Daniel se negó siempre á sentarse. Cuando su compañera descansaba un instante, manteníase él en pie. Como se hubiese ejercitado en trepar á los árboles, solía subir en busca de nidos. Y si

Juana se compadecía por la triste suerte de los pequeños, tornaba á subir para volverlos á poner en las altas ramas.

La vuelta revestía gran dulzura. Deteníanse bajo las bóvedas de hojarasca, en donde ya estaba completamente obscuro. El fresco se hacía penetrante, las ramas de los sauces gemían delcemente al rozar sus vestidos. El agua tranquila parecía un espejo de acero bruñido.

Y Daniel, así que había prolongado el camino todo lo posible, se decidía por último á alejarse de las islas. El Sena se extendía entonces ante ellos con plateados reflejos. Todavía había luz, luz pálida, de tierna melancolía.

Juana, sentada en el fondo de la barquilla, rozaba con la mirada la superficie del agua; el río se le figuraba otro cielo, en que los árboles se hundían con sombras aun más enérgicas. Una inmensa serenidad mecía las campiñas, y llegaba, sin saberse de dónde, un silencio henchido de dulces canciones. Los horizontes se dilataban, ligeros y temblorosos, como postrera visión que va á desvanecerse en la sombra.

Una inefable paz se había apoderado de Daniel. Olvidábase de sí mismo en la apacible vida que llevaba. Bien penetrado se hallaba de que no había nacido para predicar y que el papel de preceptor le sentaba muy mal. Sabía amar, sin pasar de allí. Cuando paraba mientes en aquel maldito invierno, en que tan ridículo personaje había representado, una mortal angustia se apoderaba de él. ¡Cuán di-

choso se sentía ahora, en medio de la esperanza de la paz y quietud de sus afecciones!

Así era que ya ni pensaba en lo pasado ni en el porvenir. Bastábale ver correr á Juana por entre las hierbas, deleitábase en la soledad de las islas, y en atestiguarle una franca amistad. A su modo de ver, todo iba á las mil maravillas; el presente era bueno y la joven iba á olvidar sus perniciosas fiebres mundanales. El aire libre le había rejuvenecido á él también, y veía en torno suyo como una gran florescencia de inagotable ternura.

Toda la hermosa temporada fué para él de confianza sin límites. No tuvo que dirigir ni una palabra de reproche, ni una mirada severa. Cuanto Juana hacía, bien hecho estaba, y no le faltaban pretextos para excusar sus malos ratos. La verdad era que la sola presencia de la joven le sumía en arrobos que le privaban del sentimiento de la realidad.

Cuando Juana se encontraba allí, en la barca, sentía una inefable dulzura deslizarse en el fondo de su sér. Deseaba ardientemente la hora de la salida; inventaba excursiones lejanas para tenerla más tiempo á su lado. La encontraba entonces tan hermosa y tan buena, que sentía remordimientos por haberla atormentado. En todos los días de su vida la volvería á reñir.

El verano transcurrió por tal modo, mecido en la esperanza. Ni una sola vez se había despojado de su papel de guía infatigable y previsor; y ella había concluído por aceptarle como camarada de

juego, del que abusar solía con la tiranía de los niños.

La antevíspera del regreso á París, Daniel y Juana quisieron ir á despedirse de las islas. Partieron ambos, y por un buen espacio de tiempo, se distrajerón en los canales del río. El otoño se había echado encima, las amarillentas hojas seguían con lentitud la corriente, y el cierzo, entre las desnudas ramas, exhalaba suspiros melancólicos.

La excursión fué triste. Casi hacía frío. La joven se arrebujaba en un chal que se había echado á los hombros; no hablaba, miraba los agostados follajes ya enrojecidos y parecíanle muy feos. Daniel lleno siempre de confianza, se abandonaba al encanto de aquella postrera excursión, sin que siquiera pensara en París, en el terrible París que se alzaba ante él.

Cuando dejaron las islas, vieron á lo lejos tres personas que les esperaban en el ribazo. Conocieron al señor Tellier por la enorme mancha que destacaba sobre el verde del prado. Los otros dos personajes debían de ser visitantes, cuyas facciones no distinguían.

Después, á medida que la barquilla adelantaba, una gran inquietud se apoderó de Daniel. Conoció á los visitantes, y se preguntaba qué era lo que venían á hacer al Mesnil-Rouge.

Y Juana, saltando con ligereza sobre la hierba: —¡Calle!—exclamó,—son el señor Lorin y mi padre.

Y corrió á abrazar al señor de Rionne, y luego

se dirigió á la quinta, en compañía de Lorin, quien la hacía reír estrepitosamente con sus noticias de París.

Daniel se quedó solo en la orilla, desconsolado y con lágrimas en los ojos, persuadiéndose de que su felicidad quedaba muerta.

Por la noche, después de la comida, Lorin se acercó á él, y con superioridad burlona, le dijo:

—¡Qué bien rema usted, querido amigo! Viéndole á usted, nunca habría creído que tuviese usted tales brazos... Doy á usted las gracias por haber paseado á Juana durante toda la temporada.

Y, como Daniel le mirase sorprendido, dispuesto á no admitir las gracias que le daba:

—Usted no está penetrado,—agregó en más bajo tono,—cometo resueltamente la locura de que tengo hablado á usted.

—¿Qué locura?—preguntó Daniel con voz ahogada.

—¡Oh! la más hermosa de las locuras... No tiene un céntimo, y va á hincar el diente por modo terrible en mi fortuna... Me caso con Juana.

Daniel le miró como quien ve visiones. Después subió á su habitación sin poder articular una sola palabra.

XI

Cerca de diez meses hacía que Lorin se consultaba á sí propio con ansiedad, para saber si debería ó no casarse con Juana. Por tal modo aquel hombre cometía sus garrafales locuras.

No estaba lo que podía llamarse enamorado; antes bien la joven le había sorprendido y atortolado con sus altivas gracias y sus regocijadas burlas. Tenía para sí que semejante mujer le haría honor, sin contar con que le abriría de par en par las puertas de la sociedad elegante. Veíala cogida de su brazo, y su vanidad se sentía deliciosamente envanecida. Después, sin que su corazón tomase parte, se puso á amarla con deseo egoísta.

Mas esto debía de costarle caro; así fué que durante mucho tiempo hubo de defenderse. Poco á poco vino á calcular á cuánto ascendería el gasto, á qué precio le resultaría tamaña compra. Hizo números sobre cada detalle, llenó toda una plana de sumas y multiplicaciones, y la cantidad total le erizó los cabellos.